

Alexander Prado Ospina

Pontificia Universidad Católica Argentina

EL ORIGEN DE LOS NÚMEROS LA NECESIDAD O LA HABITUALIDAD

La filosofía y lo poco que he entendido de ella es que tiene la facilidad de ir de lo *habitual* a lo *inhabitual*. Precisamente en lo no habitual la filosofía encuentra su *hábito* y el filosofar su espacio de locomoción. Sin embargo la filosofía en su *habitación* ha tejido una historia en donde ella ha dejado de lado lo inhabitual y, segura en su habitación, se transforma en doctrina; en algo dado que impide que el filosofar ejerza plena expresión de su desenvolvimiento. La filosofía se ha convertido en dogma y doctrinaria de actitudes, formas de pensar en donde toman aquello no habitual y lo transforman en algo propio para su conveniencia. *Lo inhabitual* se convirtió en *hábito* y por supuesto algo que impide ponerlo en duda, el saber se volvió insípido por su uso y el filosofar sobre lo conocido, dentro de la habitación de la filosofía, se muestra como canon. En mis días la filosofía se ha olvidado de filosofar, tomando el olvido de aquello no habitual sin límite ni limitante pues lo muestra como dado y calificable mediante un juicio; únicamente una verdad. Por tanto, hay que des-habitualizar a la filosofía y sacarla de su habitación para que el filosofar sin más vuelva a desenvolverse. Si el filósofo sale de su habitualidad, se crea otro espacio, una nueva curiosidad, se emite no un juicio sino todo un recorrido.

Introducción

Desde el origen de la filosofía se ha establecido los principios en los cuales la realidad se desenvuelve, desde Tales de Mileto hasta las teorías científicas en la actualidad tratan de descifrar ese movimiento, desatar el nudo que permita responder a la pregunta por los principios y origen de la naturaleza. Sin embargo dada las múltiples respuestas, los

diferentes enfoques, y lo que es curioso posturas en contradicción, si bien se remiten a lo “mismo” estudiado, o en otras palabras a la naturaleza sin más, hacen que la relación entre naturaleza y principio quede vacua, vacía; y que la pregunta por el origen quede exclusivamente abierta.

La apertura que la pregunta por el origen infringe, indica, que siempre que exista el pensar humano se ha de redondear de diferentes maneras. Redondear la pregunta no es un responder, precisamente porque la historia ha demostrado que dado un principio para el origen, sea en el ámbito de la ciencia o la filosofía, es corto en su nivel explicativo para determinar el “en cuanto tal originario.” Es elocuente ver como en cada segmento de la historia, cada cultura y su modo de ver la naturaleza ha determinado el principio y el origen de manera peculiar; en efecto se pasó de la explicación mítica, por ejemplo en Hesíodo en donde era Eros el que permitía la unión entre los dioses a una concepción física en la que se insertan los *phísicoi* según Aristóteles, pasando sucesivamente por Platón y la propuesta de un Demiurgo, hasta la explicación mecanicista y su teoría actual del Big-Bang.

Demuestran esos distintos modos de ver la naturaleza y sus respectivas respuestas que hay comprensión e interpretación de los fenómenos físicos. Sin embargo toman como habitual esa interpretación y tan sólo responden dentro de un canon explicativo. Pero hay que ubicarse en lo obvio para explicarlo, en otras palabras explicar no con una respuesta sino con una interpretación del darse mismo de la comprensión sobre la naturaleza. Es decir redondear la relación entre principio y naturaleza.

Redondear no es otra cosa que establecer el por qué; al preguntar por el origen de la naturaleza le subyace la necesidad de un principio. Principio sea que el fuere, queda efímero como lo muestra el filosofar en su historia. Siguiendo este sentido, ¿se ha dicho y comprendido todo acerca de los principios y la naturaleza? ¿Acaso dichos términos filosóficos son tan claros, tan expresados que se tornan habituales y por lo mismo no es lícito cuestionarlos? Sin embargo, dado el hábito, establecer la relación entre Principio y Orden, o plantear la dependencia necesaria entre ambos mediante el preguntar, conlleva otro modo, en razón, inhabitual de encarar la problemática del orden de la naturaleza.

Desde la habitualidad de la historia de la filosofía

Ahora bien, desde el umbral histórico del filosofar, cuando Tales de Mileto presentó el principio material “el agua” como el *arché* que da movimiento a la naturaleza, se comenzó un modo de pensar peculiar que determina con un elemento físico el inicio y desenvolvimiento de la naturaleza, en efecto se captó “aquello a partir de lo cual existen todas las cosas, y lo primero a partir de lo cual se generan y el término que se corrompen”. Es decir, aquellos que proporcionan un principio indican el cambio que se muestra en las cosas, su iniciación y su término. Ésta primera mirada enseña que aquellos que filosofaron detuvieron su reflexión en el cambio, se toparon y maravillaron de las cosas físicas, hicieron de la naturaleza algo inhabitual y se admiraron de su generación y corrupción. En palabras de Aristóteles:

La mayoría de los que filosofaron por primera vez creyeron que los únicos principios de todas las cosas son de especie material. Pues aquello a partir de lo cual existen todas las cosas, y lo primero a partir de lo cual se generan y el término en que se corrompen, permaneciendo la sustancia pero cambiando en los accidentes, dicen que es el elemento y el principio de las cosas que existen; por esto creen que nada se genera ni se corrompe, pues tal naturaleza se conserva siempre... Pues ha de haber alguna naturaleza, ya sea única o múltiple, de la cual se generan las demás cosas, conservándose ella. En cuanto al número y la especie de tal principio no todos dicen lo mismo, sino que Tales, iniciador de tal filosofía, dice que es el agua (y por ello también manifestó que la tierra está sobre agua).¹

En tal caso, con Tales de Mileto se pensó que la determinación de un principio, sea material o inmaterial, sea el agua o la idea, o la substancia, debe corresponder al orden que se muestra en la naturaleza. Precisamente, se evidencia un efecto circular en donde se establece la creencia en el orden y por ende desde el orden debe entrometerse el principio que lo hace evidente en su explicación. Sin embargo, a pesar de la autoridad de Aristóteles, ¿es tan evidente el orden en la naturaleza? Al parecer según la historia de la filosofía es indiscutible, pues desde Tales de Mileto hasta las concepciones científicas actuales apelan que la naturaleza puede ser expresada mediante principios que de alguna manera la determinan.

Precisamente en la naturaleza se muestra la generación y corrupción, el cambio, pero ¿por qué hay que determinar un principio que determine la generación y la corrupción? Desde Aristóteles hasta las

corrientes cosmológicas científicistas actuales se da por supuesto el orden de lo dado, que la naturaleza es expresión para un sujeto que la quiere conocer, sin embargo, dado el objeto de estudio, a saber, la naturaleza ¿por qué hay tantos principios que expliquen ese orden? ¿Será acaso una pregunta que atañe al modo histórico en como se relaciona una determinada cultura con la naturaleza?

Las distintas interpretaciones de lo que puede expresar la naturaleza se sitúan y fijan en un cierto *lógos*, pero ¿por qué al plantear el principio se hallan de forma tan divergente e incluso en contradicción en lo que respecta si es el principio material (el agua) o inmaterial (la idea) y más importante aun desde donde se afirma ese *lógos* en la naturaleza? ¿A que hace referencia la palabra orden como predicado de lo que es naturaleza? ¿Que es el *arché* que genera el orden natural? Preguntas que la filosofía en su historia y la ciencia actual no se han planteado, pues como Aristóteles, dan por habitual el orden y el cambio, un comienzo y un fin. No obstante, una exploración a esa creencia o a ese *lógos* no se acentúa. De ese modo se quiere deshabituarse esa concepción filosófica y preguntarse por el orden aunque se crea evidente y demostrable, tan sólo se apela al cimiento de eso que es ordenado y evidente.

La filosofía debe en su quehacer, matizar entre lo que se cree y lo que se reflexiona. Es cierto que el pensar filosófico ha determinado la configuración de una creencia sobre un principio de orden divino, que por su libertad y omnipresencia, o por sus atributos físicos haya iniciado la serie causal que desemboque el desarrollo de lo dado; sin embargo, por la creencia no se debe filosofar. Ante todo, se pide al que lee estas líneas dejar al texto decir, sin importar lo creído, pues en otras palabras, por lo habituado se juzga, en cambio por el filosofar se crea.

Se crea mediante el filosofar sin más, un modo inhabitual de mirar la relación entre principio y orden mediante preguntas simples pero que deben por lo mismo ir a la simpleza que configuran, de ese modo, si en la historia de filosofía es la secta pitagórica la que determina que el principio de las cosas es el número, se debe filosofar sin más y preguntar, ¿por que los números son el principio de todas las cosas? A lo que cultura filosófica responde y juzga: “Pues en la naturaleza hay cierta armonía la cual puede ser expresada aritméticamente, al igual que los sonos musicales”. En concordancia, todos los seres que comparten la armonía cósmica pueden se

medidos y por ende las cosas son números. Incluso al régimen habitual de la historia se suma nuevamente Aristóteles e informa a la manera de evidencia que:

Nutridos de ella (la matemática), creyeron que su principio fuera el de todas las cosas. Ya que los números por su naturaleza son los primeros que se presentan en ella, les pareció observar en los números semejanzas con los seres y con los fenómenos, mucho más que en el fuego, o en la tierra o en el agua y como también veían en los números las determinaciones y las proporciones de las armonías y como, por otra parte, les parecía que toda la naturaleza estaba por lo demás hecha a imagen de los números, y que los números son los primeros en la naturaleza, supusieron que los elementos de los números fuesen los elementos de todos los seres y que el universo entero fuese armonía y número. Y todas las concordancias que podían demostrar en los números y en las armonías con las condiciones y partes del universo y con su ordenación total, las recogieron y coordinaron.²

Así los pitagóricos sostenían que los elementos del número son lo par y lo impar, y que, de estos elementos, el primero es ilimitado y el segundo limitado. El uno procede de ambos, pues es a la vez par e impar, de ese modo, la línea es lo par, en cambio el punto impar, y de manera análoga todas las cosas de la naturaleza pueden determinarse numéricamente.

Ahora bien, fuera de la autoridad y la habitualidad, ¿por que se dice que la naturaleza es ordenada o que contiene cierta armonía en su interior? ¿Es válido determinar el principio por una analogía, es decir, responder justamente con lo que encuentro en la naturaleza? ¿No se cae en una petición de principio?³ ¿Es tan evidente el orden para el número que no es lícito preguntar qué tiene el número (u otro principio) que contenga el orden de la naturaleza? En efecto, lo que se alterna es la relación entre pregunta y respuesta y darle a la respuesta una calidad de pregunta, redondear mas no juzgar.

De este modo, el presente trabajo práctico ondeará y redondeará esas respuestas transformándolas en preguntas, pues se descubre, que aunque se responde habitualmente, ante la relación principio y naturaleza, algo no queda subrayado o tematizado sin importar la respuesta en el momento histórico determinado, y es la relación obvia o analógica entre

principio, sea material o inmaterial, y orden de la naturaleza. Se efectúa, el simple preguntar lo inhabitual. Pues aquellos que predicen un principio dan como atributo de la naturaleza el orden; por lo tanto, sólo hay que mostrar un principio que determine ese orden. Al parecer si hay un orden, hay un principio: desde los filósofos naturales hasta las tesis científicas de nuestros días, principios y orden, se fundamentan en su correlación, pero ni la ciencia ni la filosofía han profundizado, como se ha marcado en anteriores líneas, más bien han redondeado sus intrínsecas relaciones, responden; pero como se muestra en los textos a continuación lo dan por dado, irrefutable, juzgado como verdadero.

Principio material y principio formal: en la habitación del orden

En la historia de la filosofía no son los pitagóricos los primeros que fundamentaron un principio inmaterial que explicara el orden de las cosas de la naturaleza, sino fue Anaximandro con su *ápeiron* o lo que se entiende por lo indefinido, lo ilimitado. No obstante, la indeterminación del principio por parte del filósofo de Mileto, no ayuda a esbozar el proyecto que se quiere demostrar en las presentes líneas y es la relación y adecuación entre principio y orden, ya que presupone un orden en la naturaleza aunque desarrolle un principio inmaterial de ella.

En efecto, al proponer un principio ilimitado indica no una relación de adecuación de características físicas con el orden de la naturaleza, sino que impera una reciprocidad distinta con aquella; al no darle “cuerpo” o materia, el principio que propone Anaximandro puede otorgar el espacio para justificar el orden, pero el principio mismo no es justificado.

Lo anterior se deriva en un problema que corre hasta nuestros días, pues aquellos que desarrollan los principios inmateriales se ven habituados a incurrir y determinar el azar en la naturaleza ya que, como no hay un referente, una analogía que sustente la correspondencia entre las cosas en la naturaleza, no se sustenta la relación física de la naturaleza con un principio físico que se origine en su propio seno. Hay un distinto tipo de correlación, pues de lo inmaterial se enfoca la materialidad. Un desnivel entre concepciones que fue la comidilla de la filosofía en el renacimiento y la ilustración.

En definitiva no hay adecuación, desde la formalidad inmaterial del

principio, con las cosas materiales. Así lo cree Tales de Mileto, pues el agua explica de manera material los demás elementos materiales en la misma naturaleza observable y palpable. En cambio con los principios inmateriales se efectúa una *presunción de orden* que explica lo dado ordenado pero él mismo como principio es indiferente pues no es material, de él nada se puede decir pues no hay una concordancia material que lo avale.

En otras palabras no hay adecuación entre principio y orden, sólo hay un orden que debe de tener un principio ilimitado que lo explique. De igual forma, el *ápeiron* da por supuesto el orden en la naturaleza y cae en una petición de principio al concebir algo no material en la naturaleza misma material, plantea un principio diferente pero recae en su respuesta en la habitualidad, es decir, sigue explicando el orden pero de manera distinta.

Al determinar “lo ilimitado” como principio, se piensa más como un adjetivo que un sustantivo y al no ser un *sustantivo material*, se declara que lo ilimitado puede ser un atributo de un algo cualquiera. “Lo ilimitado” es una relación o atributo, no un principio agente como el agua, el aire, la idea o el fuego, que dados sus propiedades físicas explican físicamente el orden de la naturaleza. Dicha presunción de orden la aporta Aristóteles cuando hace su comentario al respecto.

Hay algunos, en efecto, que suponen que esto [lo que existe fuera de los elementos] es *ápeiron*, y no aire o agua, de modo que los demás elementos no sean destruidos por ser *ápeiron* uno de ellos, ya que los elementos son contrarios entre sí: como por ejemplo, el aire es frío, el agua húmeda, el fuego caliente; y si uno fuera *ápeiron*, los otros serían destruidos. Por eso dicen que aquello de lo que proceden éstos es distinto.⁴

Ahora bien, al situar “lo indeterminado” como principio de la naturaleza, se restaura la relación de contrariedad entre los elementos, se describe un “elemento” fuera de los elementos naturales para determinar el cambio. Nace con los principios inmateriales la necesidad, pues si bien es cierto que por ser inmaterial no tiene un correlato con la materia, es igualmente cierto, que un principio material tiene en otra materia su contrario; por efecto, para que “no sean destruidos entre sí”, es menester otro elemento, se *impera necesariamente un principio que no comparta la*

materia y explique el por qué en la naturaleza no sucede tal destrucción. La presunción de orden en un principio inmaterial da una nueva cara a la naturaleza pues le imprime una relación causal entre la necesidad racional y la materia. En palabras de Simplicio:

De entre los que dicen que es uno, moviente e infinito, Anaximáandro, hijo de Praxiades, un milesio, sucesor y discípulo de Tales, dijo que el principio y elemento de las cosas existentes era lo ápeiron (indefinido e infinito), habiendo sido el primero en introducir este nombre de principio material. Dice que éste no es ni agua ni ninguno de los llamados elementos, sino alguna otra naturaleza ápeiron de la que nacen los cielos todos y los mundos todos. De ellos les cierne el nacimiento a las cosas existentes y en ellos se convierten, al perecer, según *la necesidad*; pues se pagan mutuamente pena y retribución por su injusticia según la disposición del tiempo, describiéndolo así en términos bastante poéticos.⁵

Con los principios inmateriales la pregunta por el origen y la naturaleza se tuerce, toma un nuevo matiz puesto que se ingesta el dominio del pensar sobre las cosas materiales de la naturaleza. El poder de la reflexión y no tanto la observación inmediata es la causante de que un espacio inmaterial especifique lo material. De este modo se abre la brecha sobre los distintos principios, sean materiales o inmateriales, sobre el orden de la naturaleza, inclusive se plasman principios intermedios como el motor inmóvil de Aristóteles y la Idea de Platón, que precisamente de la necesidad intrínseca a sus planteamientos adecuan principios inmateriales a la materia. De esa forma se habitúan a declarar que aquello material e inmediato es desordenado cambiante y variable, se emite el juicio en donde lo percibido es tan sólo un primer paso, el más vacío del todo necesario, “lo en cuanto tal y lo en sí”, se muestran legisladores de lo corruptible, del cambio; de esta forma todo aquello que cambie es un reflejo, un representante falsificado de lo que se tiene en el reino de lo inmaterial. Las producciones del modo de conocer legislan necesariamente la materia, y la opinión y lo racional entablan una disputa. Elocuente es Aristóteles cuando afirma:

De esta manera lo bello en sí y lo deseable en sí entran ambos en el orden de lo inteligible; y lo que es primero es siempre excelente, ya absolutamente, ya relativamente. La verdadera causa final reside en los seres inmóviles, como lo muestra la distinción establecida entre las causas finales, porque hay la causa absoluta y la que no es absoluta. El ser inmóvil mueve con objeto del amor, y lo

que él mueve imprime el movimiento a todo lo demás. Luego en todo ser que se mueve hay posibilidad de cambio. Si el movimiento de traslación es el primer movimiento, y este movimiento existe en acto, el ser que es movido puede mudar, si no en cuanto a la esencia, por lo menos en cuanto al lugar. Pero desde el momento en que hay un ser que mueve, permaneciendo él inmóvil, aun cuando exista en acto, este ser no es susceptible de ningún cambio. En efecto, el cambio primero es el movimiento de traslación, y el primero de los movimientos de traslación es el movimiento circular. El ser que imprime este movimiento es el motor inmóvil. El motor inmóvil es, pues, *un ser necesario*, y en tanto que necesario, es el bien, y por consiguiente un principio, porque hay varias acepciones de la palabra necesario: hay *la necesidad* violenta, la que coarta nuestra inclinación natural; después *la necesidad*, que es la condición del bien; y por último *lo necesario*, que es lo que es absolutamente de tal manera y no es susceptible de ser de otra.⁶

Incluso en el *Timeo* de Platón se juzga la supremacía de lo inmaterial sobre lo material, se imprime una nueva distinción entre lo opinable y variable, y lo necesariamente inmutable que condiciona un Demiurgo que por ser inmaterial, imprime en la materia la necesidad de que las cosas se perciben de manera cambiante y variable. El principio inmaterial otrora con Anaximandro carente de un “sustantivo material” pasa a tener figura de motor en la descripción que hace el estagirita y a personificarse, es decir, adquirir figura o connotaciones humanas, pero por su condición inmaterial adquiere en la racionalidad su mayor influjo para transformar y otorgar el orden a la naturaleza. En palabras del personaje Timeo:

¿Qué es lo que es siempre y no deviene y qué, lo que deviene continuamente, pero nunca es? Uno puede ser comprendido por la inteligencia mediante el razonamiento, el ser siempre inmutable; el otro es opinable, por medio de la opinión unida a la percepción sensible no racional, nace y fenece, pero nunca es realmente. Además, *todo lo que deviene, deviene necesariamente por alguna causa; es imposible, por tanto, que algo devenga sin una causa*. Cuando el artifice de algo, al construir su forma y cualidad, fija constantemente su mirada en el ser inmutable y lo usa de modelo, lo así hecho será necesariamente bello. Pero aquello cuya forma y cualidad hayan sido conformadas por medio de la observación de lo generado, con un modelo generado, no será bello.⁷

No es casual que en la habitación de la filosofía, en su historia, se

haya desembocado un hábito entre aquellos que personifican los principios y aquellos que los mecanizan, se inició con dichos postulados la imagen que dicientemente se enfoca en la parte central de “la escuela de Atenas” de Rafael. La filosofía se habituó a señalar el cielo o a extender su mano en la tierra, la naturaleza tiene en su interior modalidades tanto antropomórficas como mecánicas, cambia pero por algo sin cambio, *una forma*, una substancia, un modo específico desde el cual la necesidad toma el orden y se reitera.

No se hace hincapié en el orden como tal, lo inhabitual en lo que respecta al principio de la naturaleza, el trato entre naturaleza y su explicación mediante principios se trasformó en hábito.

Afuera de la habitación: el origen de los números

En resumen: se ha mostrado en los anteriores puntos que la filosofía desde su inicio ha cimentado la admiración sobre la naturaleza, en cuanto a que identifica el cambio que habitualmente vincula y contienen las cosas. Como lo describe el propio Aristóteles: “Pues aquello a partir de lo cual existen todas las cosas, y lo primero a partir de lo cual se generan y el término en que se corrompen, permaneciendo la sustancia pero cambiando en los accidentes, dicen qué es el elemento y el principio de las cosas que existen”⁸.

De este modo se induce que el Principio sea material o inmaterial debe cobijar tres grandes características:

- A. Lo primero a partir de lo cual existen las cosas.
- B. Lo primero a partir de lo cual se generan y se corrompen.
- C. Permaneciendo “la sustancia” y cambiando los accidentes.

El cobijo por parte del principio en su concordancia con la naturaleza, se muestra en las características A y B que proporcionan la respuesta de la existencia y del cambio de las cosas dentro de la naturaleza; empero, la característica C impela a una inscripción que le compete al interior del mismo Principio pues debe ser permanente pero cambiante en sus accidentes para que de ese modo se cumpla tanto A como B.

Ahora bien, los filósofos que presentaron un principio material determinaron el Principio en la misma materialidad de la naturaleza, luego

extrajeran un elemento que permitiera el propio cambio. Es decir, desde la característica B presentaron a C para determinar a A *material*. En la actualidad la ciencia moderna utiliza ese modelo. En contraste, en los filósofos que presentan un principio inmaterial, el orden es el expuesto por Aristóteles en su comentario y le adviene dos niveles, a saber: A conlleva a B, por lo tanto debe necesariamente tener la característica de C por el otro, pero es por C *inmaterial*, que permite B y necesariamente lleva a A.

Sin embargo, hasta ahora las preguntas planteadas anteriormente (a saber: ¿de dónde se impera la necesidad de infundir un principio, sea material o inmaterial, para con-formar el orden en la naturaleza? y ¿cuál es la relación entre principio, naturaleza y necesidad?) no se han tematizado. Por efecto, ¿cuál es la relación entre A y C? Y más importante aun, ¿qué tiene que mostrar el recorrido acerca del origen del número? No se han recorrido y redondeado, hasta ahora en el presente trabajo práctico; para tal caso se vuelve al principio retomado por Anaximandro “lo ilimitado” y se le impera un modo distinto de interrogarlo.

Pues bien, se tomará como eje explicativo la organización del espacio según los griegos. Y como texto a seguir se indica el capítulo III de la obra de Jean Pierre Vernant, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua* que justamente se titula *La organización del espacio*.

Ya que en su exposición indica que A, B y C, tienen que tener condiciones que curiosamente no están dadas por la historia de la filosofía sino que llevan un presupuesto explicativo en la forma en cómo se presentó el espacio en la cultura griega, y a decir verdad se sigue hasta nuestros días, la organización del espacio o del lugar, en términos cuantificables, presentó el sustento para que la filosofía de los primeros principios y las primeras causas, ocuparan su desenvolvimiento.

De este modo según Vernant “lo ilimitado” como principio deviene de la noción de límite espacial. Pero para afirmar lo anterior, se interna en las figuras míticas de Hermes y Hestia. Toma a Hermes como el dios de los viajeros y mensajero de los dioses, indica esta deidad la movilidad, lo exterior, precisamente contrario de la diosa Hestia, personificación del hogar que indica el espacio doméstico, o lo inmóvil de un espacio. Así las dos divinidades aunque parecen contrarias entre sí, por lo que representan y personifican, forman pareja para la conciencia religiosa del espacio según los antiguos griegos, pues Fidias sobre la base de la estatua de Zeus en

Olimpia, había representado los doce dioses más significativos en la religión arcaica, entre el Sol (Helios) y la Luna (Selene) las doce divinidades, agrupadas de dos en dos se ordenaban en seis parejas: un dios-una diosa. En esta serie de parejas divinas, existe una que plantea un problema precisamente Hermes y Hestia. En palabras de Vernant:

Hermes-Hestia ¿Por qué aparearlas? No existe nada en su genealogía ni en su leyenda que pueda justificar esta asociación. No son marido y mujer (como Zeus-Hera, Poseidón- Anfitrita) ni hermano ni hermana como Apolo-Artemisa. ¿Qué lazos unían, pues, en el espíritu de Fidias, a un dios y una diosa que parecen extraños el uno al otro?⁹

Luego, si forman pareja, para la conciencia religiosa de los griegos, es que las dos divinidades se sitúan en el mismo plano, que su acción se aplica al mismo dominio y asumen funciones conexas, y correlativas:

En cuanto a Hestia, ninguna duda posible: su significación es transparente, su papel estrictamente definido. Porque su destino es reinar, por siempre inmóvil, en el centro del espacio domestico, Hestia implica, en solidaridad y contraste con ella, al dios veloz que reina sobre el dominio del viajero. A Hestia, lo interior, lo cerrado, lo fijo, el repliegue del grupo humano sobre él mismo; a Hermes, lo exterior, la apertura, la movilidad, el contacto con lo otro diferente a sí. Se puede decir que la pareja Hermes-Hestia expresa, en su polaridad, la tensión que se señala dentro de la representación arcaica del espacio: *El espacio exige un centro, un punto fijo, de valor privilegiado, a partir del cual se puedan orientar y definir las direcciones por completo diferentes cualitativamente; pero el espacio al mismo tiempo como lugar del movimiento, lo que implica una posibilidad de transición y de paso de un punto cualquiera a otro.*

Por efecto la relación entre Hermes-Hestia actúa de la misma manera que con Aristóteles al plantear la característica de Principio como

- A. Lo primero a partir de lo cual existen las cosas.
- B. Lo primero a partir de lo cual se generan y se corrompen.
- C. Permaneciendo “la sustancia” y cambiando los accidentes.

En efecto Hermes dios que personifica lo móvil se indica en B, en cambio Hestia se evidencia tanto en A como en C. En este sentido, “el espacio exige un centro, un punto fijo, (A y C) de valor privilegiado, a

partir del cual se puedan orientar y definir las direcciones por completo diferentes cualitativamente; pero el espacio se presenta al mismo tiempo como lugar de movimiento, lo que implica una posibilidad de transición y de paso de un punto cualquiera a otro (B)”.

Luego para que se determine cierto orden en la naturaleza, y se adecue un principio, se tiene como *pre-concepción* el espacio en sus dos dimensiones: desde el *punto*, lo estático representado en el hogar mediante la personificación de Hestia y la necesidad demostrada por los filósofos de presentar un Principio, primero y único (Hestia-Principio material o inmaterial; y segundo la posibilidad que el mismo espacio permite (Hermes y el cambio, o en otras palabras, la *línea*). Desde la percepción del espacio como línea y como punto, es de donde, los primeros que filosofaron se adentraron en lo corruptible y variable, y presentaron los principios que originaron la desigualdad en la igualdad. La noción de orden de la naturaleza se asienta en la idea del espacio como punto y como línea, la naturaleza se describe hasta nuestros días bajo el presupuesto de la religión arcaica griega.

De la astronomía al número

El espacio en la mirada de los que primero filosofaron contiene cierta geometría, la petición de principio mencionada al comienzo de las presentes líneas, es el presupuesto que determinaron los filósofos y tendencias hasta nuestros días al respecto de el orden de la naturaleza, ese *lógos* no es otra cosa que presentar un principio indicar un punto que genere necesariamente la continuidad, la línea o la multiplicidad. Así, como no hay línea sin un punto, tampoco es plausible un punto sin una línea.

Lo anterior se muestra en la astronomía y su carácter estrictamente aritmético. Mediante la observación del cielo, desde los babilónicos hasta nuestros días, se concentra el astrónomo en anotar las posiciones de los astros, fijando y calculando la posición de uno y de otros, se preocupan de llevar una cuenta exacta de la periodización de los astros y establecen formulas aritméticas que permiten predecir si un astro aparecerá en tal momento. La posibilidad de predecir la posición de un astro, indica cierta racionalidad de la naturaleza misma, provee la racionalidad un cúmulo de niveles que se muestran organizados, medidos; así en la visión mítica se

encuentra la narración de Hesíodo que de forma teogónica demuestra los distintos niveles y posiciones que tienen los dioses hasta configurar lo que es el hombre. Al presentar aritméticamente el espacio, el número y el punto constituyeron la medida, *lógos* según esta opinión es medida, metro, regla.

Más allá de lo dicho, la visión mítica, presupone la relación espacial entre posición y predecir, de ese modo se muestran los niveles en donde se encuentran los dioses del cielo como la personificación del inframundo. El mundo habitual permite la medición, conlleva fijar en la mirar un punto alejado que no cambia o varía, el mundo se transforma en el lugar seguro, la casa, el hogar de lo inmutable que permite medir toda mutabilidad. Lo uno y lo múltiple pueden ser medidos, proporcionados e equilibrados, lo mucho y lo poco pueden ser contados, señalados, estigmatizados, mediante palabras. El número encuentra su mayor realización en el lenguaje, de un sujeto se suma, se resta o divide un determinado predicado.

De lo uno sale lo múltiple como lo afirma la secta pitagórica, lo seguro es el uno y lo variable es la línea. De este modo se configura cierta organización, de forma aritmética se explica la realidad, las relaciones entre uno y lo múltiple, se suman y se restan, dividir y multiplicar se adecua a la unidad, o mejor vuelven a ella. El lenguaje de las matemáticas imprime lo necesario de la forma de la unidad, de la sustancia, luego se pasa a la lógica con el principio de no contradicción. En el fondo, es el número el epicentro donde redondear la pregunta por el orden tiene su inicio. Un foco distinto que debe influir, como lo afirma Vernant, en la organización de la *polis* y el surgimiento de la filosofía.

[1] Aristóteles, Met. I, 3, 983b.

[2] *Ibidem*, I, 1, 980a-993a.

[3] Se entiende petición de principio como el vicio del razonamiento que consiste en poner como antecedente lo mismo que se quiere probar. En efecto se quiere probar el orden de la naturaleza mediante un principio dado en la naturaleza. El orden ya se encuentra al proponer el principio. El orden mismo no se pone en duda, lo que se difiere es la materia del principio. Es ahí el problema.

[4] D-K 12 A 16, Arist., Fís. G, 5, 204b.

[5] Simplicio, Física 24,13.

[6] Aristóteles, Met. XII, 7, 1072a-1072b